

JUAN LUIS PINTOS DE CEA NAHARRO

**RECORRIDOS POR LA RELIGIÓN***Madrid, Akal, 2010*

**V**olver nuevamente a la religión, ¿no es, a diferencia de momentos históricos precedentes, un gesto hasta cierto punto cargado de osadía?, ¿no es un signo inequívocamente sintomático de transitar más que nunca a contracorriente?, ¿no tiene esto algo de curiosamente paradójico? El lector a quién declaradamente se dirige esta obra pudiera llegar a pensar que, debido a su título, encontrará en ella un retorno a las viejas formulaciones teológicas características del “campo religioso”, un nuevo curso de apologética religiosa o, incluso, una nueva variante de catequesis doctrinal. Nada más alejado de la intención de su autor; y quién acometa la lectura de esta obra bien pronto disipará este equívoco. Desgraciadamente (en términos de madurez cultural de una sociedad), la temática religiosa, así como el tratamiento de ésta desde las Ciencias Sociales, continúa generando en nuestro país una reacción de indiferencia, cuando no de rechazo. Motivos relativos a nuestra historia reciente y por todos bien conocidos han conseguido etiquetar a la problemática religiosa bajo un encorsetamiento en clave “política” que poco bien ha hecho a la religión y mucho menos a la política; consiguiendo defenestrar, eso sí, finalmente a la religión fuera de los márgenes de las preocupaciones del sentir colectivo. Como es bien sabido, la institucionalización del proceso democrático en nuestro país ha ido acompañado de una tentativa programática encaminada a “inmunizar” en clave pedagógico-ilustrada a la sociedad frente al nocivo “virus” reli-

gioso, tan infantil éste, tan ligado a la ignorancia de las gentes y que tantos males habría ocasionado en nuestra historia más contemporánea por no retrotraerse más lejos. Pero ya hemos transitado, con nuestras luces y nuestras sombras, este periodo de “inmunización religiosa”. Ya todos estamos perfectamente –*técnicamente* diríamos– “vacunados” ante los archiconocidos peligros de la religión. Se abre un novedoso escenario para las generaciones que irrumpen que en nada tiene que ver con el de las precedentes, aquellas que supuestamente no fueran todavía “vacunadas”. El horizonte es, en este sentido, sumamente prometedor para quienes desean abrirse a la siempre inquietante interrogación acerca de la naturaleza del fenómeno religioso, pero sobre todo para remover el debate acerca de si realmente hemos alcanzado, siguiendo el símil kantiano, la ansiada “mayoría de edad” en la cuestión religiosa.

El libro al que aquí se alude se arraiga en este nuevo decorado, si así se quiere catalogar, postsecular. Puede motivar interés en aquellos y aquellas que generacionalmente han sido socializados bajo pautas institucionales religiosas, para así éstos reconocer el curso histórico adoptado por la religión en simbiosis con su propio itinerario biográfico, pero también en quienes deseen acercarse a las grandes enigmas de la condición humana sin ser presa de un burdo esoterismo tan en boga al servicio de oscuros intereses mercantiles. De hecho, el libro está marcado por un ostensi-

ble componente biográfico-generacional, reflejando cómo una generación ha visto testimoniado un paulatino desalojo de la religión de la centralidad de la escena social. Nunca al modo de una manifiesta "declaración de principios", pero sí como hilo invisible que recorre esta obra, hay una asunción de que la problemática religiosa no es, en modo alguno, una problemática definitivamente zanjada. Pero para percibir esto es necesario hacer (cómo aquí se hace), como dirían los fenomenólogos, una *epoché*, por partida doble. Una *epoché* que está en la intención más o menos oculta del autor y conducente a una difícil posición semejante a la de un equilibrista. Metáfora ésta en donde se condensa una actitud que pretende guardar un siempre inestable equilibrio entre fuerzas que arrastran en direcciones opuestas pero siempre hacia el mismo punto, el de un vertiginoso vacío: recelando del simplificador discurso ilustrado-progresista anticlerical (burgués para quién no lo supiese) que ha anatemizado la religión como fuente de oscurantismo y opresión social, pero también manteniéndose a distancia de un rancio y esclerotizado abuso que de la religión se ha hecho tradicionalmente desde sus instancias institucionales. Porque la pregunta que Juan Luis Pintos pretende reabrir es, en efecto, la de la religión, pero quizá no más que como pretexto para otra pregunta, ligada intrínsecamente a ésta, que atraviesa su itinerario intelectual, a saber: la del "sentido"; o para ser más precisos y de acuerdo a su implicación en el saber sociológico, la de la "construcción social" del "sentido". Una inquietud sociológica acerca del "sentido", latente en su vasta obra, en donde éste acaba irremediablemente -para bien o para mal- "sociologizándose". De ahí que quién se acerque a este libro no espere hallar una sociología de un campo temático específico (el de la religión) equiparable al de la política, el género o la alimentación, sino una sociología dedicada a cuestiones tradicionalmente tildadas como "metafísicas": la religión, la muerte, el absoluto...

Según Heidegger, toda la obra de un pensador no está presidida más que por una reiterativa y casi obsesiva cuestión, aunque luego ésta pueda ser tamizada o barnizada bajo distintos ropajes. En efecto, la problemática del "sentido" ha ocupado un lugar prioritario en la obra de Pintos; y sólo desde este ángulo podremos entender su diálogo con voces por veces tan dispares como Marx, Mounier, Sartre, Foucault o Habermas. Y es precisamente esta sed de comprensión sociológica del "sentido" la que en los últimos años lo ha acercado, entre otras motivaciones, a la obra de Niklas Luhmann. La temática religiosa -insistimos no como un dominio temático más de la sociología sino como la temática angular de lo social- remite, para él, a la pregunta por el "sentido"; si bien, desde el marco teórico luhmanniano, ésta será abordada ahora en el contexto de un modelo de sociedad caracterizado por un alto, y por veces desbordado, grado de "complejidad". De esta guisa, el libro de Pintos guarda fidelidad al legado de los clásicos del saber sociológico (Marx, Weber, Durkheim, Simmel...), para quienes la religión no era, en modo alguno, una subdisciplina sociológica más, sino el fundamento de toda vida social; y aquí sorprendentemente Pintos converge con un autor como Luhmann obstinado por edificar un andamiaje teórico que nos sirva para descifrar las claves del despliegue de la "sociedad moderna" y para más *inri* (léase inoculación de "complejidad") simplificadoramente etiquetado de *conservadurismo* y asociado a los conocidos prejuicios (en ciertos casos merecidos) que tradicionalmente han acompañado en nuestro país a la sociología alemana. Aún cuando la preocupación de Pintos en torno a la religión no hubiese variado sustancialmente a lo largo de su dilatado periplo intelectual, lo que sí ha variado en los últimos años -y este libro es un fruto de ello- ha sido el utillaje teórico para acometer su análisis. La religión es abordada a partir de un arsenal conceptual nuevo, en donde se entremezclan nociones tales como "reducción de complejidad", "con-

tingencia", "equivalentes funcionales", "distinciones de observadores", "puntos ciegos", "paradojas", etc...

Porque en este libro Pintos, siguiendo los pasos de Luhmann y aunque muy probablemente no le guste admitirlo, nos ha salido más posmoderno de lo que él hubiese realmente deseado. Un eje referencial del libro es el reconocimiento de un emergente modelo social presidido por la descomposición de todo "absoluto" y, por añadidura, de toda tentativa de absolutización de todo código moral, jurídico o político con vocación universalizante. ¿Podemos convivir sin "absolutos" que donen solidez a nuestras prácticas cotidianas, laborales, familiares, políticas, etc..?, ¿qué actitud existencial adoptar en un mundo por completo "contingente" y arrastrado por una enloquecedora incertidumbre? Cuestiones éstas inducidas de la obra luhmanniana que Pintos tiene la virtud de retomar y readaptar a una plural gama de contextos sociales actuales. El insospechado punto de encuentro entre Pintos y Luhmann es que ambos diagnostican que la idiosincrasia de las sociedades actuales, y las *patologías* de ello derivadas, habrían surgido fundamentalmente a raíz del desmantelamiento de la "trascendencia" que había servido como soporte legitimador del mundo en sociedades anteriores a la modernidad. El auténtico y nuclear problema de las sociedades actuales tendría, pues, su raíz en la *desacralizadora* secularización auspiciada por la modernidad. Como el inexorable decurso de la sociedad moderna impide hallar un sólido asidero, antes garantizado por la religión, sólo cabe asumir la "contingencia" como el rasgo determinante en nuestras vidas. La provisionalidad y relativización que ha invadido todos los plexos de nuestra existencia social encontrarían su origen precisamente ahí, en un lugar en donde a pocos parece interesarles explorar; no así a Pintos. Luhmann, a contracorriente del espíritu moderno-ilustrado reinante en los cenáculos hegemónicos de poder intelectual

(occidentales), concede una especial "funcionalidad" a la religión infravalorada desde éstos. Así, el *leit motive* que estimula el libro, bajo el influjo luhmanniano, es cómo si no reinventar sí cuando menos reubicar y dar cuenta del papel asignado a la religión en un mundo secularizado y, en consecuencia, *descentrado*.

No es de extrañar, por otra parte, que Luhmann sea el compañero de viaje intelectual de Pintos en este libro. No sólo por una común adscripción a una sociología en donde se resalta el carácter paradójico, ambiguo e incierto de la vida social, sino, fundamentalmente, por la irresoluble tensión en ambos entre un cometido sociológico que, guardando fidelidad a su proyecto fundacional, ha de mantenerse dentro de los límites de "lo observable", de la operatividad de las "distinciones", pero en donde, asimismo, se deja traslucir una tentativa, siempre insatisfecha, por salirse de estos límites y adentrarse en lo que bien podríamos llamar "el misterio". Pintos ha resaltado en diferentes ocasiones su admiración por la emblemática lectura que Foucault ha hecho del cuadro *Las Meninas* de Velázquez en el comienzo de *Les mots et le choses*. La comprensible fascinación que a Pintos le provoca esta lectura es que Foucault habría tratado, utilizando como punto de partida su análisis del cuadro mencionado, de pensar lo "no visible", "lo ausente". Algo si no análogo cuando menos similar, aunque desde otra perspectiva teórica, a una de las grandes obsesiones filosófico-sociológicas de Luhmann: atrapar lo que Pintos llama "la a-presentación", sostén invisible de todas las cosas. Parece, pues, que Pintos se identifica y adhiere –y desde ahí cabe leer su propuesta metodológica de los *Imagarios sociales*– a una mirada sociológica característica de autores tan dispares como Foucault, Luhmann o actualmente Maffesoli en donde una auténtica comprensión de lo social exige redescubrir ese elemento de invisibilidad palpitante en nuestra experiencia social. ¿No es esto, en realidad, revelador de la

insuficiencia de las categorías (rationales) elaboradas desde la filosofía y la teología para aprehender “lo absoluto”, ¿no significa la “a-presentación” luhmanniana un sinuoso rodeo epistemológico cuya conclusión no sería otra que el reconocimiento de un *misticismo* inaccesible desde los parámetros diseñados desde la racionalidad adoptada en Occidente? Dejemos simplemente apuntadas estas interrogantes que el libro, directa o indirectamente, ansía retomar.

Y es que a Pintos le interesa especialmente que Luhmann entienda la religión como “la pregunta por el sentido de todos los sentidos”, desentendiéndose del amplio repertorio de respuestas que a dicha pregunta las distintas religiones históricas hubieran ofertado. Lo nuclear de la religión, más allá de sus divergencias doctrinales, es que ella sería la guardiana en conservar incólume la pregunta por el “sentido”, aunque luego quizá, como dictaminara Wittgenstein, ante la imposibilidad de traspasar los umbrales del lenguaje, sólo quepa ante ella el silencio. De cualquier modo, Pintos piensa que Luhmann ofrece, desde un marco teórico tan alejado de la teología al uso como la *Teoría de Sistemas*, una fértil vía de acercamiento filosófico-sociológico al fenómeno religioso.

La interrogación fundamental suscitada por el libro de Pintos es qué ha sucedido con la religión tras los avatares del proceso secularizador puesto en marcha en Occidente como resultado de la modernidad. Los augurios que vaticinaban una volatilización de aquella no le resultan a nuestro autor, en modo alguno, convincentes. Por el contrario, Pintos se alinea en el seno de un espectro teórico en donde se baraja

la hipótesis de una re-acomodación de lo religioso en un mundo aparentemente secularizado. Pero para percibir esto es necesario, como él hace, redescubrir el “punto ciego” de la “vinculación religiosa” en esferas como, por ejemplo, la de lo político, lo económico o lo estético supuestamente depuradas de lo religioso; o incluso -añadiríamos nosotros- en emergentes muestras de *religiosidad* des-institucionalizada (Simmel, Maffesoli) que proliferan crecientemente en nuestras sociedades. “No vemos que no vemos” insiste Luhmann. Lo que aquí no vemos, en realidad, es el travestido fundamento religioso que sigue anidando como soporte de nuestra vida cotidiana. Si esto se visualizara, entonces sí haríamos justicia a la religión. Este es uno de los móviles rectores del libro.

El lector tiene la impresión de que por mucho que Pintos se hubiese inintencionalmente distanciado de la problemática religiosa, ésta retorna a él. No él a ella, sino ella a él. No como un freudiano *retorno de lo reprimido*, sino como el punto final de un trayecto que ha recorrido -como el título del libro indica- por los meandros de las Ciencias Sociales. Reconozcámoslo de una vez por todas, sin religión -como recalcan los clásicos de la disciplina- no hay sociedad. Este parece ser el aserto del libro. Algo, por otra parte, obvio, pero que, sorprendentemente, adquiere un tinte provocador. Comprender la sociedad requiere, pues, retomar, una vez más, lo religioso. No caben otras opciones, puesto que la apática indiferencia no es, en realidad, reveladora de otra cosa más que de una estrechez en el horizonte intelectual.

Por Ángel Enrique Carretero Pasín